

¿Cómo saberlo? Esta era la dificultad y se proponía cuanto tuviese más confianza con Olivia, consultarla ella el modo de salir de la situación.

La noche fué tan descansada y tranquila, como había sido terrible y tormentoso el día: á la mañana siguiente muy temprano se levantó Celeste, y mientras Olivia acababa el almacén, ella, con las pocas cosas que la muchacha sirvienta había traído de la plaza, se encargó de hacer la cocina. Cuando se sentó á la mesa Olivia, se quedó asombrada de encontrar un almuerzo hecho á la francesa con economía y finura y de que su protegida había bastante bien el francés. Este fué el golpe de gracia: Olivia abrazó y besó á Celeste, se formó mil cuentas alegres y le prometió que con el tiempo le asociaría en una gran tienda de modas que pondrían en la calle de Plateros.

El trabajo del almacén quedó perfectamente distribuido entre las tres personas que habitaban lo que antes había sido una casa medio arruinada de adobe en la época de que vamos hablando era un despacho elegante con sus vidrieras, con su fachada de madera bien pintada, y donde el público creía que había un grueso capital invertido y el depósito más abundante completo de cuantos primores inventa en París la caprichosa y mercantil deidad que se llama Moda, y que tanto contribuye á realzar la hermosura ó á disimular los defectos de las hermosas y elegantes muchachas de la capital de la República.

## CAPÍTULO XV

D.<sup>a</sup> Venturita pierde el pleito y va á la cárcel

**L**A armonía de las dos amigas no se turbó en muchos días: Celeste, no sólo por la obligación que había contraído, sino por la necesidad de sobreponerse á su infortunio y de no pensar en su situación, trabajaba sin cesar: en las noches caía rendida y lograba un sabroso sueño. La actividad y la esperanza formaban su vida.

Olivia, por su parte, estaba satisfecha y contenta con su nueva compañera: veía en ella un instrumento que su buena fortuna le había enviado para formar en menos tiempo del que pensaba su deseado capital. Es menester añadir que ambas habían cumplido exactamente sus estipulaciones: Olivia había hecho el aumento á su mesa de un huevo, de algunos granos más de café y de un par de tortas de pan, y con esto y una botella de vino de vez en cuando, bastaba para que dos per-

CAPILLA ALFONSO X  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. A. N. L.

sonas sobrias pudiesen alimentarse. Los sábados daba Celeste cuatro ó seis reales, que la muchacha guardaba pensando que una suma de ocho ó diez pesos podría servirle para vivir quizá un mes en caso de que volviera á hallarse en la misma situación que cuando tuvo que abandonar la gran dulcería queretana. En cuanto á su vida de cama y alguna interior, Olivia le había dado la medida necesaria en cambio de la hechura de algunas camisas que Celeste cosía en horas avanzadas de la noche. Amalgados así los asuntos de estas dos personas, nada parecía turbar la monotonía de una vida oscura y dedicada al trabajo. Si Olivia no hubiese creído, como creía frecuentemente, que estaba desterrada por muchos años de su patria y forzada á ganar su fortuna en un lejano país de bárbaros, y si Celeste no hubiese tenido en su corazón las ideas elevadas que en medio de su pobreza y de sus desgracias había adquirido en sus primeros años, y sobre todo, si no hubiese deseado ser amada por Arturo, seguramente se habrían considerado muy felices. Pero faltaba á la una su patria y á la otra su amor, y ambas, sin quererlo, suspiraban profundamente, y los pocos ratos de ocio reflexionaban que no eran felices. Así es la vida y así es la condición humana: nada es completo, con nada se satisface el corazón: los pobres rodeados de su miseria y los ricos entre la seda y el oro son igualmente desgraciados.

Sin embargo, era preciso conformarse con la suerte de nuestras amigas á más no poder se conformaban con la suya: Celeste no salía más que los domingos muy temprano á oír misa á la iglesia cercana y los días de trabajo apenas de vez en cuando aparecía por el mostrador. Esta conducta no dejaba de causar sospechas en el ánimo

de Olivia; pero la buena conducta de Celeste, su habilidad en la costura y su semblante, en que se revelaba la buena fe y podría decirse la inocencia, la tranquilizaban, y día por día concebía por ella mayor cariño, hasta el grado de quererla como á una hermana y no separarse de su lado un momento. Un día fué absolutamente preciso que Celeste saliese del almacén: Olivia se hallaba con calentura y era necesario cobrar una cuenta en la calle de San Felipe, pues de otra suerte no habría habido para la raya de las costureras, ni para los gastos más indispensables. Como ya había pasado algún tiempo desde la aventura de la calle de San Juan, y Celeste había adquirido más confianza por una parte, y por otra no podía excusarse de prestar un servicio á Olivia, se puso un traje de seda, que había podido comprar, su sombrero de paja y con todo el aire de una señora acostumbrada á andar por el barrio de San Germán en París, salió á la calle. Llegó á la casa, se encontró con una familia muy obsequiosa, que después de hacerle mil preguntas y llenarla de elogios, le pagó la cuenta, que era de cien pesos, y regresaba muy contenta con su dinero al almacén, cuando en la calle de Tiburcio sintió que alguien la tomaba del brazo: volvió la cara y se encontró con D. Ventura. Gran tápalo de seda amarillo, traje de lana rosado, fichú azul y peinado á la moda con algunos lazos rojos; tal era el equipo de la vecina, bien diferente del que tenía cuando entró á servir en la chocolatería; se conocía que eran todavía los restos del capital del padre Anastasio.

—Párese un ratito, *mialma*, guarde el dinero, y hable á las amigas,—le dijo D. Ventura, encarándose con Celeste y estorbándole el paso.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 D. A. N. L.  
 CAPILLA ALFONSINA

Apenas Celeste reconoció á D.<sup>a</sup> Ventura, cuando puso pálida, la lengua se le anudó, y no supo si hablar ó callar, permanecer en pié ó echar á correr.

D.<sup>a</sup> Ventura, que observó la turbación de Celeste, pensó aprovecharse de ella al momento mismo.

—No hay que asustarse, *mialma*, y ni motivo encuentro para ello. A nadie he chistado una palabra, y cumplí á fe de mujer; ni tampoco diré que se fugó la niña de la casa llevándose las alhajitas y el dinero de las pobres muchachas que con el sudor de su frente ganaban su vida... pero ya todo se acabó, *mialma*,—continuó llorando D.<sup>a</sup> Venturita,—sólo pude sacar una poca de ropa; eso sí ganada con mi trabajo, porque yo á nadie *insurpo* nada, y como dice el refrán, *pan por mi pan y vino por mi vino*... Pero la pobre Paula, como era tan crédula, se casó con D. Romero el músico; y mi comadre Isabel, que si casó bien, y como su marido es trabajador tiene un velorio por Puesto Nuevo y les va muy bien. Allá vive *mialma*, porque mi comadre me hace la caridad de darme un rincón... ¡Ah! pero ¡pobres muchachas! ¿qué le dijera que les habían de quitar lo que era suyo para verse *franchuta* y andar de gorro y zapatones?

—D.<sup>a</sup> Ventura,—le contestó Celeste llena de cólera,—déjeme usted en paz, y váyase por su camino; no sé de qué dinero y de qué alhajas habla usted. Paula é Isabel no eran más que criadas mías, y no tenían sino lo que yo les pagaba... Pero... me canso en contar á usted lo que sabe mejor que yo. Adiós...

Celeste trataba de marcharse, pero D.<sup>a</sup> Ventura le tomó del brazo.

—No, *mialma*, eso necesita aclaración, porque aunque pobre, he sido honrada, y ni usted ni nadie

puede señalar con el dedo. Si es verdad que tengo este mal tápalo, no lo he ganado por nada malo.

—Pero, D.<sup>a</sup> Ventura,—dijo Celeste muy aflijida,—hable usted en voz baja... y además yo nada digo contra el honor de usted... déjeme, por Dios, que tengo muchos quehaceres, y...

—Sí, irse con los *franchutes*; esos son los quehaceres, *mialma*; pero usted considerará que una pobre como yo, no puede quedar así, sin honra...

—Pero si yo no he pensado quitarle la honra... vamos, déjeme usted, y todo se acabó.

—Sí, se acabó para usted, que está de gorro y zapatones, y que tiene siempre quien la proteja; pero yo que soy una mujer sola... Ya se ve, siempre me ha querido usted poner el pié encima... ¡Ah! ¡ah! porque me ve sola, que si Cipriano, lo supiera...

D.<sup>a</sup> Ventura hacía por hablar cada vez más recio, y gritaba como si le dieran de golpes: la gente que pasaba se detenía y observaba, y una rueda de muchachos cercaba ya á las dos interlocutoras. Precisamente lo que deseaba D.<sup>a</sup> Ventura era que el público escuchara sus lamentos, y de esta manera comprometer á Celeste á que capitulara con ella. Como D.<sup>a</sup> Ventura había ya descubierto su nueva residencia en el almacén de Olivia, y sospechaba que la muchacha protegida por algún amante oculto, que para su cuenta debería de ser *franchute*, como ella les llamaba á los extranjeros, era otra vez rica, trataba de que se la llevara al almacén, en clase de costurera, y de jugarle otra pasada semejante á la de la chocolatería. Con esta intención, hacía días que espiaba á Celeste, y si no se había atrevido á entrar en el almacén, era por temor de Olivia, que según sus arranques y la fama que

BIBLIOTECA ALFONSO X  
 D. A. N. L.

tenía en el barrio, habría sido muy capaz de darle senda paliza, y enviarla á la cárcel con el *hombre de linterna*, como llamaba á los serenos. El día que Celeste, D.<sup>a</sup> Ventura había estado desde muy temprana en una tapicería situada enfrente del almacén de Olivia tan luego como observó que la francesa no estaba con de costumbre detrás de su mostrador, creyó que estaba ausente, y se proponía entrar, y hacer el primer ensayo de su segundo plan; pero á ese mismo tiempo Celeste salió á la calle, y D.<sup>a</sup> Ventura á una vista la siguió, esperó que saliese de la casa de la calle de San Felipe, y antes de que torciese para el almacén, la atacó de la manera que se ha referido. Excusado es decir que la historia que D.<sup>a</sup> Ventura había en pocas palabras contado á Celeste, era en sustancia verdadera: las francachelas y bailes caseros habían concluído con el capital de la chocolatería; Paula se fugó con uno de los tertulianos, y al día siguiente le dió su buena felpa de porrazos, enterado de que no había sacado ningún dinero con el que mantenerlo, é Isabel, más cuerda, hizo algunos ahorros que escondía debajo de las vigas, con lo cual logró marcharse con Romero, y marcharse á buscar su vida haciendo la buena obra de cargar con su madre ya ciega y casi moribunda. Desgranada así la mazorca, como suele decirse, vacíos los armazones y sin el recurso de ocurrir al convento por dinero, D.<sup>a</sup> Ventura tras la chocolatería, y con lo poco que le quedó, después de pagada la renta de la casa, se compró algunos tápales vestidos propios para lucir en una nueva, aunque poco honrosa, profesión, que había pensado adoptar, pensando tanto podía de nuevo explotar á nuestra infeliz y abandonada huérfana. No siempre salen bien los planes

se conciben, por más bien combinados que sean, y en esta vez D.<sup>a</sup> Venturita no fué de lo más afortunada, como veremos.

Celeste, que comprendió lo peligroso de su situación y el escándalo público que D.<sup>a</sup> Ventura le armaba, se apresuró á transigir con ella á todo riesgo.

—Vamos, D.<sup>a</sup> Ventura, calle usted, calle usted, y consuélese,—le dijo disimulando cuanto pudo el susto y la cólera de que estaba poseída.

—Bien, me callo; pero mi honor no puede quedar así, y ¿qué van á decir estos señores que nos oyen? Yo soy una pobre,—continuó cada vez más recio,—yo soy una pobre, pero con mucha honra.

—Calle usted, calle usted, por el amor de Dios,—le dijo Celeste poniéndole un puño de pesos en la mano.

D.<sup>a</sup> Ventura tomó el dinero, lo guardó en la bolsa de su vestido, y continuó como si nada hubiera recibido:

—Ya ve usted, niña, que con dinero no se pagan los servicios que uno hace, y usted como es rica, también quiere *sobajarme*, y yo, eso sí, pobre, pero soberbia.

Celeste quería que la tierra se abriese, y se la tragase. El medio que á todo riesgo había adoptado, tomando parte del dinero de Olivia, le había salido mal.

Entre las gentes que se habían detenido á escuchar, había una mujer gorda vestida con unas buenas enaguas de castor y un finísimo rebozo de Tenancingo. Había puesto al diálogo más atención que las otras personas que escuchaban un momento y después seguían su camino, y además casi acercaba su cara á la de Celeste con un aire de curiosidad muy marcada. Celeste, pensando que tal vez con más dinero podría salir del aprieto, estaba tan preocupada y tan deseosa de acabar

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. A. N. L.

de cualquiera manera de desprenderse de D.<sup>a</sup> Ventura que no había fijado su atención en este incidente.

La mujer gorda, haciendo á un lado con la mano D.<sup>a</sup> Ventura, se colocó, por fin, frente á frente de Celeste, se detuvo un momento, y después, como segura de la idea que había concebido, se arrojó á sus brazos.

—Sí, es ella, ella misma, la pobre niña Celeste. Tan linda... ¡qué!... ¡más linda que antes! ¡Y cómo se comporta que es una señorita! ¡Qué bien que le sientan el sombrero y el vestido de seda... y el peinado y todo, todo! ¡Bendito sea Dios, que me concedió volverla á ver otra vez! Niña, niña Celeste, ¿qué no se acuerda usted de Macaria de la pobre Macaria?

Celeste se desprendió un momento y suavemente de los brazos de Macaria, se la quedó mirando y recordándole, ciéndola, la abrazó con ternura, recordando sus buenos y eficaces servicios, aunque en el fondo habría dado diez años de su vida, por no haber encontrado en una calle pública á las dos antiguas conocidas que le recordaban los días más amargos de su vida. Como nada tenía de extraño que tres personas estuviesen reunidas platicando, los muchachos curiosos se dispersaron, y Celeste vio el cielo abierto y un medio de deshacerse de D.<sup>a</sup> Ventura.

—Conseguí que me indultase el Presidente el día 1.<sup>o</sup> de Setiembre y me dieran por compurgada con el tiempo que había pasado en la cárcel, y por mi servicio como presidenta, me abonaron 20 pesos, con eso compré muebles y me mudé á una casita de la calzada de San María y me he ingeniado en hacer mandados á las Hermanas de la caridad del colegio de las Bonitas, que me pagan mi casa y me dan el bocadito, pero, válgame Dios

si no me canso de verla, algo flaquita eso sí, pero creo que esta señora la hizo poner descolorida por algunas cosas que le decía y que no me parecen bien... con que vámonos y la acompañaré á su casa.

—Eso no,—dijo D.<sup>a</sup> Ventura,—porque entonces yo diré que soy una mujer honrada, y que esta niña, que parece *franchuta*, no es como todos la creen.

Macaria, sin hacer caso de la charla de D.<sup>a</sup> Ventura, la desvió bruscamente, tanto que la hizo vacilar.

—¿Y quién le da vela en este entierro á la fregona? ¿no ve que somos dos señoras, y que ella es una cualquiera?

—dijo D.<sup>a</sup> Ventura llena de cólera.

Macaria se acercó, y en voz muy baja le contestó:

—Mire cálese, porque yo no tengo gorro ni túnico de seda, ni le tengo miedo. Déjeme ir con esta niña, que quiero más que si fuera mi hija, y no arme escándalo. Si algo quiere, nos veremos en otra parte.

—¡Afuera la lépera y la fregona!—contestó cada vez más colérica D.<sup>a</sup> Ventura,—y váyase por su camino, que yo tengo que decir á esta señora, y usted no es *sujeta* de impedírmelo.

D.<sup>a</sup> Ventura se dejó llevar de la rabia de que estaba dominada, porque veía que Celeste se le escapaba de las manos, y se atrevió á dar un empujón en el pecho á la robusta Macaria.

No bien había hecho esto cuando Macaria le dió un revés tan formidable en la mitad de la cara, que, bañada en sangre, cayó rodando hasta fuera de la banqueta, dejando descubiertas una piernas flacas, vestidas, eso sí, con medias listadas de la patente color de carne subido.

D.<sup>a</sup> Ventura quedó por un momento aturdida; pero á poco se levantó, dió un brinco, y se colgó con las dos

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 D. A. N. L.  
 CAPILLA ALFONSO X

manos de los cabellos de Macaria. Entonces comenzó una lucha terrible: Macaria era una leona robusta y Venturita una pantera ágil. Con la boca, con las uñas, con todo lo que podían, se maltrataban, y se ofendían estas dos mujeres, quedándose mutuamente con los mechones de cabellos en la mano. El tápalo voló por un lado, los pedazos de listón y la peineta de carey por otro, y los pesos que Celeste le había dado rodaron por el suelo. Por su parte, Macaria, lo único que defendía era su paño de Tenancingo; pero su camisa estaba hecha pedregones por las uñas de D.<sup>a</sup> Ventura, y ambas tenían la cara llena de sangre.

En un momento la gente se agolpó, salieron los artesanos de sus talleres, y los muchachos y cargadores acudieron de una y otra esquina, de suerte que se formó un gran círculo de gente, que observando que no tenían arma ninguna, las dejaba pelear como si fueran dos gallos, y aplaudía á la que obtenía más ventaja ó silbaba sin compasión á la que parecía que debería ser vencida.

Celeste al primer lance de las dos antagonistas, quedó como petrificada del susto, y sin atreverse á mover; pero inmediatamente reflexionó, y aprovechando la confusión y el desorden de la calle, echó á andar, dió vuelta á la esquina, y en breve se alejó del lugar de la escena.

Cerca de un cuarto de hora hacía que las dos atletas luchaban, y ya Macaria había logrado echar por tierra á D.<sup>a</sup> Ventura, y la sofocaba poniéndole una rodilla en el pecho, cuando apareció un cabo de policía á caballo, se abrió paso por entre la multitud, y penetró hasta el lugar del combate. Así que vió que eran dos mujeres, calmó un tanto su ardor bélico, y les dirigió algunas interjecciones bien duras y significativas; pero como no ha-

cian caso, tomó el término medio de vapularlas con las correas del cinturón de su espada que tenía colgada en la cabeza de la silla: Macaria entonces alzó la cara, reconoció al policía y con un aire completo de seguridad dijo:

—Vaya, estése, D. Pioquinto, y sepa quiénes son las personas.

—¡Oh Macaria! tú aquí, siempre en pleitos, ¿no escarmentas? Alzate, y deja á esa mujer, y dí lo que ha sucedido.

Macaria se levantó, y dejó á D.<sup>a</sup> Ventura que respirase.

—Lo que ha sucedido es, que la lépera, aunque está vestida ridiculamente queriendo imitar á las decentes, quería robar ó robó á una pobre niña que pasaba por aquí, y que es conocida mía. Yo traté de defenderla, y ella me faltó, ya ve usted... esto es todo. Por ahí ha regado el dinero, y si la registran, todavía deberá tener en la bolsa...

El policía se bajó del caballo entregando las riendas á un muchacho y alzó bruscamente del brazo á D.<sup>a</sup> Ventura, que aturdida, desgredada y llena de arañes y de mordidas no podía hablar una palabra, y apenas sabía lo que le pasaba.

El policía metió mano á la bolsa del túnico de Venturita, guiado del sonido que había hecho el dinero al levantarla, y sacó unos tres pesos.

—¿Lo ve usted, D. Pioquinto?—dijo Macaria arreglándose los cabellos, recogiendo su rebozo y limpiándose la cara;—yo nunca miento, y ésta se ha disfrazado de *rota* para robar en la calle. ¿Dónde está la niña? ella dirá.

Macaria buscó por entre la multitud á Celeste, la que había desaparecido.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 D. A. N. E.  
 CAPILLA ALFONSO X  
 D. A. N. E.

Otro policía de á caballo llegó también en ese momento, y ambos dispusieron llevarse á la cárcel á las dos mujeres; pero Pioquinto habló al oído á su compañero, y resolvieron llevarse sólo á D.<sup>a</sup> Ventura y dejar ir á Macaria, porque era su antigua conocida, y sobre todo porque en sustancia no había cometido delito alguno, puesto que la lucha había sido por aprehender á una ladrona.

D.<sup>a</sup> Ventura, cuando entendió que la llevaban á la cárcel, prorumpió en sollozos y en quejas, acusó á Celeste, y suplicó y se desesperó; pero como nadie sabía quién era Celeste, no le hicieron caso, y los policías fueron inflexibles, y uno de un brazo y otro del otro la hicieron caminar por en medio de la calle entre una porción de muchachos que la seguían en tropel, mientras Macaria, echando las enaguas de uno á otro lado de la acera con sus meneos, se retiraba contenta de haber separado á Celeste y satisfecha con los aplausos de los que habían presenciado su completo triunfo.

## CAPÍTULO XVI

## El Diablo enamorado

CELESTE continuó andando muy aprisa, sin saber el rumbo que debía tomar. Estaba tan desconcertada con el lance que acababa de pasar, que no sabía cuáles eran las calles por donde transitaba, y se le figuraba que todavía venía siguiéndola la furia de D.<sup>a</sup> Ventura, tratando de emprender una pelea más feroz todavía que la que había comenzado con Macaria.

La hizo volver en sí del enagenamiento con que caminaba, la voz suave y cortés de un caballero.

—Señorita, ha dejado usted caer su pañuelo y su bolsillo, y á juzgar por su semblante, parece que tiene usted ó un gran susto ó un gran pesar.

Celeste se estremeció de pronto; pero volviendo la vista, notó que su interlocutor era, no un joven, sino un hombre en el vigor de su edad, de una fisonomía insinuante y simpática, y vestido con una elegancia perfecta.

BIBLIOTECA ALFONSIANA  
 D. A. N. L.

—Efectivamente, caballero, — contestó tomando pañuelo, en el cual estaba envuelto el bolsillo con el dinero de la cuenta que había cobrado, — no advertí que había perdido... pero mil gracias por tanta bondad. Habría tenido un grave disgusto si este bolsillo se me hubiera extraviado...

—Pero estáis muy pálida y muy demudada.

—En una de estas calles ha habido un pleito de dos mujeres, y yo hablaba con una de ellas, que era una pobre conocida mía: llegaron á las manos, se reunió mucha gente, y esto me asustó; pero ya todo ha pasado.

—Sin embargo, dadme el brazo y os acompañaré á vuestra casa.

Celeste estaba ya tan acorbada, que temió otra nueva desgracia; pero no teniendo valor de desairar al caballero, acababa de entregarle la bolsa que había perdido, le dio el brazo, y el caballero, con la mayor delicadeza y cuidado que Celeste le indicara nada, la condujo hasta la puerta de su almacén. Celeste, al llegar, reflexionó que faltaba á la suma cobrada el puñado de pesos que había dado á D.<sup>a</sup> Venturita, y que esta falta le podría producir un grave disgusto con Olivia; así, su primer cuidado, después de dar las gracias al caballero que la había acompañado, y que entró también al almacén, fué contar el dinero; pero con asombro suyo resultaron completos cien pesos. Celeste no pudo menos que echar una mirada de gratitud á su galán compañero; pero le llamó la atención el que hubiese acertado á completar exactamente la misma suma que ella había dado á D.<sup>a</sup> Venturita; mas no parando de pronto la atención en esto, se volvió muy contenta á dar cuenta á Olivia del resultado de su comisión, y á referirle, por supuesto, sin los verdaderos

particulares, el susto que había tenido con el pleito de las dos mujeres, y el oportuno auxilio que le había dado un caballero, que la había acompañado y se hallaba en el almacén.

Olivia, curiosa por demás, á pesar de su resfrío, se envolvió en un chal de lana, arregló un poco su peinado, y salió á saludar al recién venido.

—Madama,—dijo el caballero en un francés muy correcto, habéis corrido mucho riesgo de perder el importe de una cuenta de trajes y de peinados: esta niña venía tan asustada por la calle, que dejó caer su bolsa con el dinero, sin advertirlo. Afortunadamente yo iba detrás de ella: alcé la bolsa, le ofrecí el brazo y la he acompañado hasta el almacén, donde he tenido el gusto de encontrarme con una hermosa francesa.

Olivia sonrió con mucha coquetería y miró al soslayo al caballero, esperando que continuaría prodigándole nuevos elogios.

—¡Es cosa singular! —dijo el caballero;—juraría que esta fisonomía no me es desconocida. Había en Pau una muchacha muy parecida... sumamente parecida á vos: á consecuencia de unos amoríos, su tía riñó con ella y... en fin, yo creo que se embarcó en Burdeos, y que pocas semanas después desembarcó en Veracruz, no sin haber, durante la navegación, cautivado el empedernido corazón del piloto, que le dió cuanto dinero pudo reunir. Es una de tantas historias curiosas de las modistas de París, que jamás han sabido lo que es moda ni conocido á París, pero que en este país pasan por mujeres de gran virtud, además de adquirirse una reputación de lo que podríamos llamar artistas. Pero dejando esto á un lado, repito que sólo dos gotas de agua se parecen más que la

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 D. A. N. L.  
 CAPITULA ALFONSIANA

amable Olivia y la aventurera y desgraciada Jeanne.  
¡Es singular!

Olivia, aunque estaba pálida con la calentura que había padecido, se fué poniendo roja como una amapola á medida que el caballero refería esta historia. Celeste no pudo menos de notarlo, y fijando su atención en la narración de su desconocido, casi no le cupo duda que la historia que contaba era la misma de Olivia. Ella que no quería que su vida anterior fuese conocida, hizo un esfuerzo sobre sí misma, y procurando sonreír con testó:

—Conozco esa historia mejor que vos: se trata de mi prima mía, bien desgraciada por cierto; y éramos tan parecidas, que aun juntas no podíamos distinguirlas nada. Yo tuve que acompañarla en su viaje, y me establecí en México: ella se casó hace pocos meses con un propietario, y se marchó al interior.

—¿De veras?—preguntó el caballero mirando fijamente á Olivia.

Olivia no pudo sostener la mirada del desconocido, así es que bajó los ojos, y tartamudeó algunas palabras sin orden ni concierto. El desconocido notó su turbación y cambiando de tono, dijo:

—No es mi ánimo llevar más adelante esta chanza puesto que he cumplido con mis deberes, conduciéndola á su casa á esta señorita, no quiero separarme de este almacén, sin ofrecer mis servicios á la propietaria.

Olivia respiró, y dió gracias con los ojos al caballero.  
—Precisamente,—continuó éste,—tengo necesidad de alguna ropa blanca, pero que sea de la tela de lino más fina que se encuentre en el comercio. De pronto necesito una docena de camisas, cosidas y bordadas precisamente

te de mano de costureras mexicanas. Tomad, Olivia, y así tendréis más desahogo para vuestras compras.

El caballero sacó una bolsita color de fuego, la vació sobre el mostrador, y contó hasta diez onzas en oro menudo. El resto lo guardó en la bolsita.

Olivia abrió tamaños ojos. Desde que se estableció en México, jamás había tenido un cliente tan generoso. Por otra parte, este hombre tan simpático, tan bien parecido, y que sabía su historia, le llamaba mucho la atención, y le interesaba de una manera extraña.

—Tendréis la bondad,—dijo Olivia recogiendo los escudos,—de pasar un momento á que tomemos la medida del cuello y de los puños?

—No hay inconveniente,—dijo el desconocido entrando á la trastienda,—con tal de que no dilatemos mucho tiempo, porque va á dar la hora en que tengo precisión de estar en la casa de diligencias: espero á unos amigos, que tal vez llegarán de Tampico ó de Veracruz.

—¿De Tampico?—preguntó Celeste con interés.

—Sí, de Tampico,—respondió con indiferencia el desconocido:—son unos comerciantes alemanes, que vienen á arreglar el pago de sus derechos con el gobierno, y seguramente el ganar un treinta por ciento más vale la pena de hacer un viaje de algunas leguas.

Celeste suspiró y bajó los ojos: sus esperanzas quedaban burladas.

Olivia tomó medida del cuello y de los puños al nuevo parroquiano, y con la curiosidad propia de las mujeres, advirtió que su cutis blanco y fino estaba cubierto de un espeso vello negro.

—¿Es posible que estéis reducidas á vivir en esta alcoba tan estrecha?—dijo el desconocido.

—¿Qué queréis?—respondió Olivia:—cuando el trabajo aumente, ya buscaremos otra casa más amplia.

—¿Y esta señorita,—dijo el desconocido,—tiene algún interés pecuniario en este almacén?

—Ninguno todavía; pero como ella es una excelente muchacha, pienso dentro de uno ó dos años...

—¡Uno ó dos años! En México, donde se vive tan de prisa, eso es una eternidad; desde ahora deseo que sea vuestra compañera. Se borrará este letrero, y mañana amanecerá ya otro, que diga: *Modas de París. Olivia y C.* Tomad este vale de tres mil pesos, que es una cantidad igual á la que tenéis empleada, y cobrada que sea esta suma en la calle de Capuchinas, formad ante un escribano una sociedad formal con esta señorita. Sus protectores quizá no volverán pronto de Tampico: aun cuando vuelvan, de muy poco podrán servirle.

Cuando las dos muchachas quisieron responderle y pedirle algunas explicaciones, les fué imposible, porque el caballero había desaparecido, y sólo Celeste, que salió á la puerta, pudo notar que en momentos había andado ya dos calles.

El asombro de Olivia y de Celeste no tuvo límites: sonaban el oro y registraban el vale por todos lados, y todavía no querían creer lo que les había pasado. Este hombre seguramente tiene un interés decidido por alguna de las dos, decían: es rico, y quiere gastar su dinero á lo príncipe. ¿Qué debemos hacer? Olivia, que se sintió completamente restablecida, resolvió cobrar el vale al día siguiente, formar ante el escribano la sociedad que había recomendado el desconocido, y hacer compras en los almacenes de efectos nuevos y exquisitos que acababan de llegar de París.

Celeste consintió en todo, con la condición de que la sociedad se hiciera entre Olivia Jardín y el desconocido, cuyo nombre, una vez averiguado, se le diría al escribano. Celeste no quería quedar obligada ni comprometida con un hombre á quien no conocía; en cuanto á la francesa, que tenía otras ideas y otras opiniones, aceptó, y al día siguiente, á la hora de medio día, tomó un coche, y se dirigió al centro de la ciudad, á activar todos sus negocios, dejando á Celeste el cuidado de la casa.

CAPITULO ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
D. A. N. L.